

Narrativas sobre el gamín en Colombia: nuestra novela del desprecio

*Ivannsan Zambrano Gutiérrez*¹

Universidad de Antioquia

*Rita de Cássia Marchi*²

Universidad Regional de Blumenau, Brasil

Resumen

El problema de los niños en situación de calle, comúnmente conocidos como *gamines* en Colombia, recorre miles de páginas en la historia de la nación. Se ha escrito información (publicada y no publicada) respecto a innumerables instituciones, proyectos, campañas e inversiones con miras a la reducción y eliminación de esta forma de vida, que aún pervive. Docenas de artículos, trabajos de investigación y libros que circularon en la segunda mitad del siglo XX en Colombia abordan el tema de los *gamines* a través de distintos saberes y disciplinas. En la literatura, esta población también ha tenido un lugar, una forma de ser representada y hablada históricamente, de ser imaginada y signada socialmente.

El objetivo del artículo consiste en visibilizar el paso de los *gamines* en tres novelas colombianas de la segunda mitad del siglo XX (entre 1950 a 1990). Se resaltan las tensiones entre lo que José Gutiérrez (1972) nombró como la “sociedad gamín” y la “sociedad colombiana”, articuladas con el problema de la violencia en el país. Las novelas son: *Detrás del rostro*, de Manuel Zapata Olivella (1963); *Gran gamín: infante del narcotráfico*, de Ezequiel Velásquez (1984), y *El camino de las muchas vueltas*, de José Gutiérrez (2002).

Palabras claves: gamín, novela, calle, modernidad, violencia, niño.

1 Miembro del grupo Historia de las Prácticas Pedagógicas, del grupo Infancias y Culturas Juveniles y de la red interuniversitaria Infeies (Estudios e Investigaciones Interdisciplinarias en Infancia e Institución (es)). Universidad de Antioquia, Facultad de Educación. Correo electrónico: ivannsan@gmail.com

2 Doctora en Sociología Política por la Universidad Federal de Santa Catarina (UFSC). Profesora de la Universidad Regional de Blumenau (FURB), Florianópolis, Santa Catarina, Brasil. Correo electrónico:rt.mc@bol.com.br

Narratives about street kids in Colombia: our novel of contempt

Abstract

The issue of street children, commonly known as *gamines* in Colombia, fills thousands of pages in the history of the nation. Published and unpublished information has been written on countless institutions, projects, campaigns, and investment with a view to reducing and eliminating such lifestyle, which still exists. Dozens of articles, research papers, and books that circulated in the second half of the twentieth century in Colombia address the issue of *gamines* across various knowledge and disciplines. In literature, this population has also have a place, a way of being represented, historically spoken, imagined and socially marked.

The goal of this article is to bring to light the presence of *gamines* in three Colombian novels of the second half of the twentieth century (1950 to 1990). Tensions are highlighted between what José Gutiérrez (1972) named as “*gamin society*” and “*Colombian society*”, articulated with the problem of violence in the country. The novels are: *Detrás del rostro* by Manuel Zapata Olivella (1963); *Gran gamín: infante del narcotráfico* by Ezequiel Velásquez (1984), and *El camino de las muchas vueltas* by José Gutiérrez (2002).

Key words: gamin, novel, street, modernity, violence, child.

Introducción

Los niños en situación de calle en Colombia, específicamente en Medellín, Bogotá y Cali, conocidos comúnmente como *gamines*, hicieron parte de un colectivo continuamente ubicado en la otredad, en el lugar de lo extraño, lo peligroso, lo anormal. En la parte opuesta del ideal del niño “decente”, de infancia moderna, se señalaba al gamín, un personaje sobre el que se debatía su condición, estado o etapa de niño: ¿Es un niño? ¿Qué es? (Marchi, 2007).³

En los *gamines* se reúne una historia social, cultural del país. Pero sobre todo una historia política de las ciudades abordadas. Una historia entrelazada con variables de diversa índole, condicionada y proyectada por diversidad de imaginarios sociales alimentados por el paradigma imaginario de la modernidad.⁴ En todo caso, una historia donde la violencia en Colombia tiene un lugar central.⁵

En innumerables publicaciones escritas en la segunda mitad del siglo XX se describe, conceptualiza y

3 Marchi (2007), en un estudio sobre los niños en situación de calle en Brasil y América Latina, discute la desorientación causada por la dificultad de definir simbólicamente a los niños que no se corresponden con los estereotipos construidos sobre la infancia. Ellos contradicen esos estereotipos, son la contracara.

4 Según Baeza: «Cada gran época histórica supone sus propios “paradigmas imaginarios”, a partir de los cuales los contemporáneos deambulan sin horizontes precisos. Es así como la Modernidad occidental, por su parte, origina un imaginario social distinto, en el sentido de la autonomía y el alejamiento del ser humano con respecto a Dios» (2000: 15).

5 En el artículo, exceptuando la referencia a la “violencia epistémica”, que se citará más adelante, se puede entender inicialmente por *violencia* una forma de vida, un modo de funcionamiento social que en Colombia, al decir de Pecaut (citado en Malaver, 1998), se ha venido socializando. Es un tipo de imaginario en y por el que la sociedad colombiana se ha entrelazado al menos desde el siglo XIX. Para Malaver, la «violencia no es un fenómeno que emerge a partir de las interacciones de los agentes que la producen sino “otra cosa” que va más allá de un modo de estas interacciones. El más allá lo configuran las significaciones e instituciones en las cuales se desenvuelve la vida social y la de los individuos [...] [se trata de] una significación imaginaria que impregna la sociedad en su conjunto y se presenta como una forma de vivir» (1998: 115-116). De esta forma, la violencia en Colombia ha sido el lugar tradicional de relación con el otro y de construcción de los modos de relación social, de alteridad. En los años ochenta, al igual que en los cincuenta, como sostiene Blair, la violencia «es, otra vez, el mecanismo de constitución del “otro”, en un proceso que no es más que la re-edición de antiguos imaginarios sociales construidos sobre la exclusión-a muerte del otro, del que no pertenece a mi universo simbólico, del “enemigo”» (1999: xxvi).

analiza la población en situación de calle: los gamines (Gutiérrez, 1972, 1967; Beltrán Cortés, 1969; Granados Téllez, 1976; Ricaurte, 1977; Gutiérrez de Pineda *et al.*, 1978; Pachón & Muñoz, 1980; Rico Sanín, 1993, entre otros).⁶ En variedad de informes de investigación, libros, artículos científicos y de opinión, entre otros, el tema de los gamines fue objeto de reflexión. En el campo de la literatura, este personaje en la historia del país no pasó desapercibido; su imagen hace parte del panorama social, cultural y político de la segunda mitad del siglo XX en las ciudades nombradas y constituye un pilar fundamental en ciertas narrativas que no requirieron de mucha imaginación, narrativas dejadas sobre el papel por autores que se confiesan como descripciones o una especie de cronistas de la “realidad”: «El conocimiento de Juan Evangelista de Pereira o de un Rafael de Bogotá, personajes de carne y hueso que claman una posibilidad de salvación, inhibe a la mente de entrarse en un relato de ficción, cuando se sabe que la realidad palpable es la que gobierna la pluma y ordena escribir los capítulos que jamás soñó el más creativo de los autores» (Zapata Olivella, 1963: 11).

En el artículo se entiende las novelas estudiadas como narrativas testimoniales, al decir de Mabel Moraña (1995), relatos que describen la realidad de esos otros “olvidados”. En aquellas letras, el lector no requiere leer entre líneas para dar cuenta de que, más allá de un relato de ficción, se trata de un testimonio y a la vez una denuncia social. Allí los personajes “sin voz” y las historias no privilegiadas por la cultura hegemónica salen a la luz. Se descubren en un mar de letras donde el autor construye un relato en el plano de realidad más *palpable*. Testimonios que permiten «analizar temas de historia social, detalles de la vida cotidiana o tendencias de mentalidades colectivas» (Lanzuela Corella, 2000:260). Se asumen dichos testimonios dejados sobre el papel como «documentos históricos» (2000:260) que posibilitan develar —según Bajtin, citado por Lanzuela Corella— el trasfondo básico de la realidad social.

En las novelas abordadas en el presente artículo se visibilizó la brecha entre lo que José Gutiérrez

(1972) nombró como la “sociedad colombiana” y la “sociedad gamín”.⁷ Dejan además ver un conjunto de variables que tejieron el escenario cultural, social y político en que habitaron los gamines y gran parte de la población urbana del país en la segunda mitad del siglo XX. La violencia hace parte de aquel conjunto de variables; su presencia alentó y determinó una existencia colectiva donde la vida humana se disputó su sobrevivencia en un estado de anomia constante.

Las novelas: el reflejo social

Desde mediados del siglo XX, ciudades como Bogotá, Medellín y Cali continuaron con mayor fuerza un proceso de urbanización y modernización. Dejaban de ser un *pueblo grande* para convertirse gradualmente en *ciudades modernas* (Noguera, Álvarez & Castro, 2000; Vásquez, 1990). Momentos llenos de transformaciones trajeron consigo una nueva forma de vivir en la ciudad, marcada por la velocidad, los nuevos sistemas de transporte, los oficios, las formas de vestir (moda), los hábitos de trabajo, la arquitectura y las demandas sociales. Durante estos años la población en cada una de las ciudades aumentó debido a los procesos migratorios: el desplazamiento forzado y la idea de que en ellas habría más oportunidades jugó un papel destacado. Los nuevos ciudadanos, en su mayoría campesinos que arribaban a la ciudad en busca de oportunidades o desplazados de sus tierras debido a la violencia bipartidista, poco a poco se vieron insertos en una cultura distinta, un mundo nuevo, “moderno”, un escenario gris y frío, donde la aridez del cemento determinó las nuevas formas de relacionarse. Ezequiel Velásquez, en la novela *Gran gamín: infante del narcotráfico*, describe la impresión del Negrito (personaje principal en el relato) al encontrarse con los muchachos del vecindario y finalmente con la ciudad:

Todos los muchachos del vecindario tenían talante de hombres mayores. Sus caras y gestos se mostraban ofuscados. La primera vez que salí esa tarde, bajo las plantas de mis pies no sentía la caricia del polvo limpio de los senderos de la vereda: no me acarició el terciopelo de los prados naturales de

6 En la investigación *Una infancia bajo amenaza de muerte. Los niños en situación de calle en las grandes urbes colombianas. Aportes a una historia de la infancia* se los encontraron y analizaron con 713 artículos de periódico publicados en *El Tiempo*, *El Colombiano* y unos pocos de *El Correo*, también con 40 tesis —divididas entre lo que se entiende actualmente como tesis de grado y de doctorado—, 57 artículos publicados en diversas revistas, 29 libros publicados y 2 documentales. La investigación fue apoyada por la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia y el Centro de Investigaciones Educativas y Pedagógicas (CIEP). En ella participaron como co-investigadoras Claudia Rojas y Yearleydi Cano Higueta.

7 Con miras a profundizar y comprender la importancia de José Gutiérrez y su dupla conceptual “sociedad colombiana” y “sociedad gamín”, se invita al lector a consultar el artículo de Zambrano (2012).

las mangas y los callejones de arcos. Aquí sentí el frío de las piedras trituradas. El quemante contacto con el resplandor de las planchas de cemento en los andenes y el pavimento de las calles. Todo era extrañamente hosco, huraño. En este vecindario nadie sonreía (1984: 21).

Se trató de un cambio cultural y espacial que venía aconteciendo desde muchos años antes. En la ciudad, según describe el Negrito, la gente se encontraba molesta, ofuscada, pues el ritmo de vida en estas grandes losas de cemento era distinto; otras prácticas e imaginarios habitan las mentes de aquellos ciudadanos que, acostumbrados o no a la vida urbana, vivían y reflejaban una vida radicalmente distinta a la rural, lamentablemente una vida agitada, rápida, cargada de ansiedad e ira, aspecto que años atrás deja ver Zapata Olivella en su novela *Detrás del rostro*:

Los automóviles se hacían más veloces y las calles menos anchas. Aparentemente los objetos mecánicos incubaban la ansiedad. El chofer del bus insultaba al pagársele con un billete o si el pasajero insistía en oprimir el timbre para anunciar la próxima parada. El lotero voceaba los números con reticencia. En la esquina, el policía de tráfico silbaba enfurecido. Ira acumulada. La ciudad era una gran caldera de átomos recalentados (1963: 45).

Las ciudades alimentadas por un imaginario social moderno liderado por elites económicas en que se formaban sus dirigentes se veían a sí mismas “modernas”, seguras, organizadas y estéticas.⁸ Ellas demandaron otra apariencia, otra forma de ser habitadas. En el marco de la proyección —que venía con gran fuerza por lo menos desde inicios del siglo XX— se trajeron buses nuevos, se construyeron parques, avenidas, edificios y urbanizaciones, se destacó e impulsó el uso de vestidos y trajes “modernos” (la moda, incluso infantil) (Zambrano Pantoja, 2007; Zambrano, Rojas & Cano, 2012).

En la ciudad, el otro, aquel que no pertenecía a la elite capitalina o medianamente a las clases medias, era visto con recelo. La actitud de los ciudadanos respecto al campesino o al mismo gamín reflejaba la indolencia, el miedo y el desprecio por quien no se correspondiera con los ideales del hombre moderno, civilizado y promovido. *Detrás del rostro*, la novela de Manuel Zapata Olivella, despliega el caso de un gamín que se encontró en la calle herido con un arma de fuego. Exactamente, con un balazo en la cabeza desde hacía al menos cinco días.⁹ Sorprende que aquel niño hubiese yacido sobre la acera tanto tiempo sin que nadie se interesara en mirar en qué estado se encontraba. Es una muestra de la indiferencia del poblador urbano, pero sobre todo de una imaginaria social hegemónica que alimentó y posibilitó un tipo de relación donde el otro, aquel distinto a “nosotros”, no merece la atención ni la solidaridad.

Las novelas abordadas muestran los choques culturales entre los recién llegados y aquellos instalados en la ciudad, lo moderno y lo no moderno, lo civilizado y lo incivilizado en continua tensión (Gutiérrez, 1972). Para los gamines, por lo menos los pequeños que iniciaban la vida en la calle, estos cambios, si bien alteraron el modo en que venían constituyendo su vida, no trajeron consigo una *crisis de identidad* como posiblemente sucedió con los campesinos adultos —que se vieron obligados a alterar su ritmo de vida, su relación con el otro y consigo mismo debido a las exigencias de los imaginarios y prácticas sociales en las urbes—. Por el contrario, dieron lugar a una forma de vida radicalmente diferente a aquella del poblador urbano. Los pequeños, una vez “articulados” con el mundo de la calle, la cultura de la calle (Ruiz, 1998), continuaron forjando en ella un “mundo propio”, un lugar donde la relación con los automóviles, el acelerado movimiento en la calle, incluso con los pobladores urbanos, entre otros, fuera distinta. En la novela de Gutiérrez se describe: «en la década del setenta en pleno centro de

8 Se entiende por *imaginario social* el entramado de redes simbólicas que permea las interacciones sociales y a la vez constituye y da vida al universo simbólico de aquella red. El mismo es siempre cambiante. El imaginario social se presenta como un espacio simbólico que contiene un conjunto de significantes, significaciones, prácticas, creencias y discursos. Constituye un «magma de significaciones sociales» (Castoriadis, 1975) que reúnen, cohesionan y visibilizan a un colectivo determinado (un grupo, una institución, una comunidad) (Zambrano, 2012).

9 La novela centra su atención en la existencia y aparición de aquel niño. El doctor Jáuregui, tras sucesivos análisis, logra desanudar el conjunto de variables que especifican el modo en que los diferentes personajes (Octavio Guzmán, Susana, Otilia, el inspector de policía, la señora Peñaranda y a grandes rasgos la sociedad) se relacionan con Estanislao o Jesús o Gil o Ponciano Peñaranda. Sin embargo, las variables no hacen parte de la vida del niño encontrado, pues son construidas a partir de la información que entregan todos los personajes, menos el niño gamín. Ahora bien: «La bala, según los médicos, tenía cinco días de estar alojada en el cerebro. ¿Permaneció todo ese tiempo tirado en la calle? Cruzaban indiferentes junto a él, sin comprobar que agonizaba. Los zapatos de los transeúntes, las botas del policía, las llantas de los automóviles, todo el trajín del día pisoteándolo, marginándolo en la acera, de la vida» (Zapata Olivella, 1963: 19).

Bogotá podía verse a centenares de niños yendo de un lado para el otro, colgando de los carros y buses para vergüenza de las autoridades, sorpresa de los turistas y desesperación de los conductores, quienes los consideraban como sus enemigos personales» (2002:155).

Se trató de un colectivo con una serie de rituales, ceremonias y prácticas particulares (Minnicelli & Zambrano, 2012). Por ejemplo, colgarse de los carros o “colincharse” (Granados Téllez, 1976; Ortega Ricaurte, 1977). En todo caso, un colectivo donde el otro —lamentablemente la sociedad que no los acogió: la «cultura colombiana oficial» (Gutiérrez, 1972)— era alguien en quien no se podía confiar ni creer. La violencia se estableció como la principal forma de relación. En la novela de Ezequiel Velázquez se describe las primeras interacciones de Negrito con los niños del vecindario:

¡Me das los dulces o te pego! ¿Ah? No dije nada. Me fui adentro [...] con disimulo empuñé el cuchillo de la cocina: era puntiagudo y tenía buen filo. Agarré con fuerza esa cache de madera y envolví la mano y el cuchillo con un trapo sucio de secar platos [...] Salí a la puerta y allí estaba el abusivo con cara de malo y aspecto de mendigo. Caminé derecho a él y desenvolví el cuchillo... (1984:23).

Es notable cómo la relación con el otro, según deja ver el autor, estuvo irremediabilmente marcada por la violencia. A Negrito no le queda otro camino que defenderse, no sea que la vida le sea arrebatada como la de su padre y de las personas cercanas en el campo —muchos desplazamientos tuvieron como causa el asesinato de familiares de los pequeños en zonas rurales a manos de grupos armados, esto es, los actos violentos que una vez ejecutados implican la eliminación del otro—. Un caso similar lo encontramos en la novela de Zapata Olivella (1963). Allí se describe cómo el droguista, enunciando su pensamiento respecto al

niño mencionado, el gamín que frecuentaba la tienda de la señora Peñaranda, cercana a la droguería, manifiesta la satisfacción de saber que le hayan disparado, y sostiene la imposible “rehabilitación” del pequeño debido a la maldición de nacer “criminal”.¹⁰ De nuevo la violencia es la única relación posible: «Estoy contento de que le hayan dado un balazo en la cabeza y le dejaran con vida. ¡Ojalá se enmiende! Pero no sucederá [...] Nació criminal y esa maldición criminal lo llevará, tarde o temprano, a una sucia muerte. Lo digo y puedo jurarlo. No sé quién le haya dado el tiro, pero me alegra; hasta sería capaz de felicitarlo» (Zapata Olivella, 1963: 51).

En la investigación *Una infancia bajo amenaza de muerte. Los niños en situación de calle en las grandes urbes colombianas. Aportes a una historia de la infancia* se nombró el imaginario que alimentó los procesos de modernización y los ideales de modernidad, el “imaginario de la modernización y la civilización en marcha”. Este imaginario social nutrió una idea de sociedad, ciudad e infancia que, recurriendo a ideas modernas respecto al orden, la higiene, la estética y un ideal de nación, posibilitó transformaciones espaciales y culturales decisivas. En el marco de aquellos discursos se forjaron instituciones modernas de suma importancia, por ejemplo, la escuela moderna.

La escuela jugó un papel importante en el reforzamiento de una idea moderna de infancia y la divulgación e interiorización de aquel imaginario social hegemónico.¹¹ El *Manual de Carreño*, entre otros manuales escolares, de instrucción cívica y urbanidad, hizo parte de los elementos con que se abasteció dicha divulgación e interiorización.¹² Sin embargo, la escuela también ofició como institución moderna cuya cultura escolar dificultó de forma violenta—al imponer e intentar *borrar* el mundo personal de los niños recién llegados del campo o de aquellos en situación

10 Aspecto posibilitado por el abanico de saberes que estudiaron el fenómeno del gaminismo, específicamente la psiquiatría, la medicina y la jurisprudencia (Zambrano, 2013). No es casualidad que sea el droguista quien anuncie este tipo de prejuicios: su relación con los discursos médicos y psiquiátricos es apenas previsible.

11 Según Pineau, en la escuela, gracias a la modernidad, se diferencian las edades. El colectivo *infancia* es segregado del mundo adulto. De esta forma se «aportó a la construcción de su especificidad, diferenciándola de la adultez a partir de su “incompletud”, lo que la convirtió en la etapa educativa del ser humano por excelencia. Se construyó un sujeto pedagógico, el “alumno”, y se le volvió sinónimo del infante normal» (2001: 35).

12 Muñoz Monsalve describe la importancia de estos manuales en la construcción del ideal de nación. Para la autora: «Los textos escolares de historia, instrucción cívica y urbanidad fueron claves para difundir entre los niños y jóvenes y entre la población en general el modelo o ideal de sujeto de representación que requería el nuevo orden social [...] La instrucción cívica formaría en lo relacionado con el funcionamiento del Estado y sus instituciones una doctrina concebida como el conjunto de conocimientos necesarios para todo ciudadano, sin descuido de los asuntos morales que insistían en difundir una ciudadanía virtuosa. Por último, la urbanidad se encargó de disciplinar y normalizar aquellas conductas y comportamientos adecuados a la vida en sociedad» (2012: 180).

de calle—que los pequeños, entre otros, encontrarán en ella un lugar de acogida.¹³ Es un hecho que los niños en situación de calle han despreciado la escuela debido principalmente a la pérdida de libertad que en ella acontece y el desprecio de la historia personal — en el escenario de la cultura escolar liderada en gran parte, para el caso que convoca este escrito, por los profesores— que poseen.¹⁴ En la escuela, desde sus inicios, suele ignorarse el mundo personal de los estudiantes, según Martínez Boom (2011). A la escuela, de acuerdo a los planes fundacionales de esta institución disciplinaria, se viene a “estudiar” —función del “estudiante”, el “alumno”—; allí «ya no estás en casa» (Martínez Boom, 2011:35), afirmación que en el relato de la novela de Velázquez es de diversos modos notoria en la figura de un profesor, quien anuncia a los estudiantes lo que no se debe hablar ni hacer en la escuela: «no cuenten a sus compañeros, ni a nosotros los maestros, lo que les haya ocurrido a ustedes y a sus familias. Aquí no se habla de política, ni de muertos, ni de heridos» (Velázquez, 1980: 40).¹⁵

El *Manual de Carreño*, publicado en 1854, continuó en la segunda mitad del siglo XX representando un eje en la formación cívica y estética que lideraban las elites económicas y que cada vez con mayor fuerza iba siendo interiorizada en gran parte de la población. En el horizonte de formación proyectado sobre la infancia mediante la educación escolar y familiar, el manual, junto con innumerables estrategias políticas, posibilitó un ideal de hombre, de ciudad y de vida “moderno”. José Gutiérrez (2002), en la novela *El camino de las muchas vueltas*, deja ver el peso de aquel instrumento civilizador no solamente sobre los gamines, sino también para los indígenas, campesinos, dementes, entre otros:

Pero los gamines no reconocían límites geográficos, y pronto Pedro pudo ver que no sólo ellos sino también muchos ciudadanos poco acataban las enseñanzas del autorizado Manual de urbanidad de Manuel Antonio Carreño, que todos conocían, pues desde comienzos del siglo XX había sido el libro más

difundido de Colombia [...] Los infractores de las normas de Carreño eran innumerables: mendigos, leprosos, dementes, paralíticos, indígenas y campesinos, vagabundos o lo contrario (2002: 10-11).

Efectivamente, los infractores eran todos aquellos que no pertenecían a un selecto grupo de habitantes urbanos que así mismos se leían como “gente decente”, “culto”, “civilizada” y “moderna”, una «cultura colombiana oficial» (Gutiérrez, 1972), que difícilmente aceptaba al otro. En todo caso, una “cultura” donde los imaginarios modernos operaban entremezclados con imaginarios religiosos. De esta forma, Zapata Olivella, en *Detrás del rostro*, visibiliza un entramado social donde las prácticas sociales y religiosas, como el bautizo o la administración de los Santos Óleos, operaban sobre el niño articulándolo con un conjunto de creencias, que lo habilitaba, para los impulsores de esas prácticas, a hacer parte del “nosotros”. Para aquel niño identificado como gamín, prima haber sido bautizado con miras a ser reconocido, incluso a poder marchar del mundo de los vivos en paz. Una vez recogido el niño de la calle herido con un disparo, los médicos deciden en el hospital hacerle una operación que permita la extracción de la bala. La señora Peñaranda trae a un sacerdote para que el niño confiese sus pecados:

—Quiero que le confiese antes de la operación.

El doctor Jáuregui la arguyó cortésmente:

—No habrá tal confesión. No ha recobrado la conciencia.

—No importa: le administraré los Santos Óleos — intervino el sacerdote (Zapata Olivella, 1963: 35).

«¡Ah!...Vaya a saber cuál es su verdadero nombre. Ni bautizado será. A mí me dijo que se llama Jesús..., pero otros lo conocen como Estanislao» (Zapata Olivella, 1963: 46).

El *Manual de Carreño*, como parte del horizonte de civilidad y modernidad en que operaron distintos saberes en la lectura y significación del fenómeno del

13 Según Ávila Penagos, la cultural escolar se «refiere al conjunto de significados compartidos por los actores más relevantes de la institución (creencias, concepciones y valoraciones de maestros y directivos)» (2001: 87).

14 «Amparados por algunas instituciones del Estado, en el transcurso de los casi 50 años de existencia, lo común ha sido para estos niños en el presente y el pasado huir de las instituciones del Estado. Especialmente de aquellas que operan como correccionales según la perspectiva de los niños en situación de calle. La ayuda del Estado en esta óptica ha versado en la lógica de la captura y encierro de la anormalidad» (Minnicelli& Zambrano, 2012: 7).

15 Alberto Martínez Boom describe cómo el «discurso que más estaba cercano a la práctica» representa «la primera evidencia del surgimiento de la escuela pública de primeras letras como una realidad concreta, delimitada por un espacio específico en el cual sólo era permitido realizar determinadas actividades» (2011:28).

gaminismo —gracias a instituciones como la iglesia, pero también la escuela y la universidad—, fue clave debido a que precisamente aquellos saberes abastecieron el centro simbólico (Carretero Pasin, 2011) que contenía el conjunto de significados respecto al gamín. La figura central en la novela *Detrás del rostro*, de Zapata Olivella, corresponde a un psiquiatra con conocimientos psicoanalíticos: el doctor Jáuregui. En la novela de Gutiérrez, él, sin dejar de relatar su propia vida, presenta al personaje principal como un psicoanalista que dialoga constantemente con su hijo, un antropólogo.¹⁶ En las dos novelas, las discusiones y abordajes “científicos” recorren las obras con naturalidad, hacen parte del relato y constituyen aspectos nucleares en las historias.

El camino de las muchas vueltas, de Gutiérrez, puede leerse como una novela autobiográfica del autor y una novela histórica escenificada en Bogotá, por lo menos desde 1940 a 1990. Trata de la historia de Pedro Alejo Jiménez, un psiquiatra y psicoanalista que conversa frecuentemente con Pedro Alejo Troncoso, un antropólogo. Se describen múltiples diálogos que dan cuenta del clima intelectual y político de la segunda mitad del siglo XX en Bogotá. Desfilan problemas metodológicos y conceptuales suscitados por el análisis de la vida de los gamines y una infinidad de tramas, acuerdos y tensiones tejidas entre los “doctores” o políticos que orientaron la política del país y los grupos armados de oposición (las guerrillas, como el M-19).

Tanto Zapata Olivella como Gutiérrez, sin dejar de manifestar sus críticas respecto a la manera en que distintos saberes interpretaban a los gamines —una “violencia epistémica”, con palabras de Castro Gómez (2005)—, permiten ver cómo aquellos saberes integrantes del clima intelectual de la época tendieron a reproducir y fundamentar los *imaginarios del desprecio*. Por ejemplo, en *El camino de las muchas vueltas* se destaca la lectura que realiza un médico a una gamina: «Para el médico del Centro Tres, Rosita Gaitán [la gamina] padecía una falta de memoria que no podía comprenderse sino sabiendo que un examen eléctrico del cerebro, muy preciso que se le practicara, el EEG, había dado por resultado “un trazado anormal”.

En otras palabras, se trata de una enfermedad y no de una ligereza o mala voluntad» (2002:95). Asimismo, se lee en la novela de Zapata Olivella: «Siempre me disgustó que los profesores de medicina tomaran la enfermedad como un pretexto de erudición ajeno a los problemas sociales del enfermo» (1963: 21).

De esta forma, el gaminismo, más que un problema social, era entendido como una “enfermedad”, una enfermedad heredada, como afirmó el droguista en el relato de Zapata Olivella.

Los ochenta: la muerte como un acontecimiento

La novela de Ezequiel Velázquez, *Gran gamín: infante del narcotráfico* (1984), ambientada en los ochenta, describe profundamente el escenario cultural y social urbano de esa década del siglo XX. En el relato se presenta la historia de un niño, hijo de la violencia, narrada en dos tiempos: el tiempo de infancia y el de adultez. El niño, de nombre Negrito, después del asesinato del papá, arriba a la ciudad con su madre Zoila en busca de una nueva vida. Se muestra cómo gradualmente el pequeño se va insertando en la vida delincencial relacionada, como es propio del momento con la droga. Esta se convierte en el eje central de la vida de “El Hombre”: el Negrito en su adultez. Por ella va a la cárcel, sale del país y se integra a una red internacional de narcotráfico. La novela muestra la articulación de la infancia con el narcotráfico y la emergencia de la limpieza social en el terreno de la violencia.

La década de los ochenta constituyó para el país un tiempo de enormes problemas sociales y políticos. A los comienzos existía una tasa de homicidios de 80 por cada 100.000 habitantes (Pecaut, 1997). Entre 1980 y 1993 murieron 230.000 personas (Blair, 1999); se trata de «una violencia que rebasó los umbrales tolerables por una sociedad y los propios mecanismos de regulación del conflicto y que se diluye confusamente entre una violencia *política* y una violencia *social*» (Blair, 1999:2) o según, con palabras de Pecaut (1997), entre una *violencia organizada* y una *violencia desorganizada*.

16 José Fulgencio Gutiérrez fue un estudiante destacado y crítico de la Universidad Nacional de Bogotá, donde estudió Medicina y de donde egresó en 1954. Profesor universitario en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Cleveland State University e integrante del grupo psicoanalítico confrontativo de París, fue miembro de la Sociedad Colombiana de Psiquiatría y de la Academia Americana de Psicoanálisis (Zambrano, 2012). No puede dejar de señalarse que Manuel Zapata Olivella estudió también Medicina en la Universidad Nacional de Bogotá, de donde egresó en 1948. Tanto el doctor Jáuregui como Pedro Alejo Jiménez representan en cierta medida la vida, las inquietudes e intereses científicos de los autores, mostrando que el gamín fue un objeto de estudio constante en la medicina y la psiquiatría.

zada. Un tiempo donde el problema no estuvo centrado en las luchas bipartidistas o la contraguerrilla, como en los anteriores años; emerge unavariada de actores y de problemas sociales e institucionales. La aparición de la economía del narcotráfico a gran escala, que dio vida y fuerza a los carteles de la droga, la financiación de campañas políticas mediante el dinero del narcotráfico, la irrupción de dineros ilegales en la economía nacional y la ascensión de diferentes actores armados (milicianos, paramilitares, sicarios, narcotraficantes, bandas juveniles) junto a los ya existentes (la guerrilla, el ejército y la policía). En las ciudades, la violencia urbana se intensificó; nacen las “empresas de limpieza social” (Pecaut, 1997) o, como escribe Carlos Rojas (1996), la violencia llamada “limpieza social”. Y en el campo se asiste a una *expansión de las guerrillas* de gran importancia.

Se encuentra un estado deslegitimado, un choque entre tradiciones religiosas profundamente arraigadas en el imaginario social de la población y la fuerte tendencia secularista que se imponía mediante los procesos de modernización e industrialización en el país; en suma, una época de grave crisis social, un estado de anomia (Blair, 1999), donde, entre otras acciones, los habitantes urbanos *toman la justicia por las manos*. Comenta Blair: «Ante el debilitamiento progresivo de la justicia, la sociedad civil asume la defensa directa de sus intereses sin la mediación del Estado, el que a su vez, incapaz de mantener el monopolio del uso de la fuerza, asiste impotente a la fragmentación del poder en manos privadas que impulsan, por sus propios medios, el aumento de la violencia» (1999:11).

La novela de Ezequiel Velázquez describe el clima social de aquellos años; deja ver la emergencia y consolidación del narcotráfico y la aparición de las empresas de limpieza social. La venta de droga, el microtráfico, dio a la población en situación de calle un trabajo marginal y peligroso. Algunos asumieron dicho trabajo, otros no; en todo caso, a *todos* se les señaló como actores claves en la venta de droga en las calles y, por supuesto, como una de las más fuertes representaciones de la grave crisis social que vivía el país (Zambrano, 2012). Velázquez describe la vinculación del Negrito a la venta de estupefacientes:

El Cari me miró atento y como consolándome dijo, mostrando:

—Bueno. ¡Vale! ¿conoces esto? Es un buen negocio...

En la derecha tenía un atado de yerbas secas regadas sobre un papel de chuspa sucio [...] Cogí un poco

y olí: me pareció como olor a escoba seca, de esa escoba de barrer, pero un poco más fuerte. Me quitó lo que tenía en mis manos y me dijo, explicando:

—Es marihuana. El fumar esta porquería se está poniendo de moda, especialmente entre los colegiales, los emboladores, los choferes, los vagos y las putas. También la fuman los que están en la *cana* [...] Una carga para un cigarrillo vale un peso: pero se venden porción para dos, a dos pesos.

—¿Qué hacen que fumen eso?—pregunté desprevenido [...]

—No sé, ni me interesa. ¡Vos tampoco vas a fumar esa porquería! Dicen que el que la fuma se degenera (Velázquez, 1984:44).

La expresión “el Cari” da cuenta de la interiorización de una imagería social hegemónica en los pobladores urbanos, en este caso los más pobres. La recomendación de este personaje al Negrito —«¡Vos tampoco vas a fumar esa porquería!» o «Dicen que el que la fuma se degenera»— muestra cómo dicha imagería estaba presente en los pobladores urbanos, incluso en aquellos que, vendiéndola, tenían conocimiento de la “mala imagen” respecto a prácticas sociales hegemónicas del producto y las implicaciones sociales del mismo (“degeneración”).

Por otro lado, el consumo de marihuana continuaba tomando fuerza; era un “negocio” que desde los cincuenta venía creciendo y demandaba individuos encargados de su distribución y venta. Gutiérrez describe la participación de los gamines en la venta de droga durante los setenta: «una vez comenzada la fiesta, también circuló en modo abundante la marihuana. Un grupo de gamines que había aparecido por los alrededores de la universidad en los últimos tiempos hizo su agosto vendiendo cachos, tamales y bombas, es decir, dosis diversas de la hierba...» (2002:6).

La droga, el aumento de la delincuencia urbana, la emergencia de otros actores en el escenario de la delincuencia, entre otras variables nombradas antes, posibilitaron a inicios de los ochenta la aparición de las acciones de limpieza social (Rojas, 1996); acciones en contra de individuos que “degradaban” a la sociedad o la amenazaban, en contra de “peligros sociales” que debían ser “eliminados”; acciones que reflejaban el miedo de una sociedad hacia lo otro, aquello diferente al imaginario de sociedad civilizada y moderna, imaginario que alimentaba sus creencias, representaciones y prácticas. Por lo demás, a causa del miedo, aquellos señalados personajes, involucrados o no en el “negocio”

de la droga o en su consumo, se veían a sí mismos como posibles destinatarios de la muerte. Comenta el Negrito en la novela de Velásquez: «Recuerdo... aparecieron los carros fantasmas. Se trataba de unos viejos automóviles casi siempre de color negro y sin placas. Recorrían las calles en las noches y desde las ventanillas pasajeros invisibles disparaban a quienes caminaban, sin saberse por qué. Para meter miedo, decían...» (1984:53).

Para terminar

Las novelas abordadas en este artículo, entendidas como narrativas testimoniales, dan cuenta del conjunto de imaginarios sociales que sustentaba a las elites económicas y políticas en la segunda mitad del siglo XX en las grandes ciudades. En ellas el colectivo del gamín representa uno de los entrecruzamientos donde con mayor fuerza se visibiliza el clima social y político que caracterizó aquellos años; representa también el motivo por el que la violencia condicionó y posibilitó las diversas prácticas sociales y comunes del desprecio, la indiferencia y el miedo hacia el otro y por el otro.

El gamín, más que un individuo en las calles, constituye un significante cuyo centro simbólico (Carretero Pasin, 2011) era continuamente nutrido y reproducido a partir de saberes científicos (la psiquiatría, la medicina, la jurisprudencia) y no científicos (por ejemplo, los discursos religiosos). En las novelas, los autores muestran el entrelazamiento de estos saberes en el poblador urbano que, perteneciente o no a un estrato alto —más aún si fue perteneciente—, se veía a sí mismo como diferente al gamín.

En el significante *gamín* se reunió una variedad de nociones, conceptos y premisas sociales, culturales y políticas, siempre en construcción y en movimiento; elementos que jamás pudieron contenerse en una *teoría científica del gamín*, en un concepto preciso y delimitado; es decir, como suele suceder con lo humano, siempre hubo una parte inalcanzable, imposible de leer, oscura e indescifrable. ¿Qué o quién es un gamín? Es una inquietud constante en las novelas. Para la “sociedad colombiana” (Gutiérrez, 1972)

del momento todos los gamines son “iguales”. Las palabras del inspector de policía—uno de los personajes en la obra de Zapata Olivella— dan cuenta de ello: «Esos niños que vagan por las calles, sometidos a la inclemencia y al hambre, acaban por parecerse» (1963:151). «Todos son iguales. Unos más perversos que otros» (1963:50). El caso del gamín visibilizado en esta obra es representativo. Se trata de un gamín a quien se le asigna una identidad construida por todos (la sociedad colombiana), menos por él mismo.¹⁷ Un niño identificado como “gamín”, signado de maneras distintas y con una variedad de historias personales y familiares (Estanislao, Gil, Jesús, Ponciano), que en el caso de la novela no hace parte de ninguna de ellas, se trata de un “otro” signado y ubicado como el otro peligroso, ajeno y distinto a la sociedad que lo mira y construye como diferente.

Un otro que finalmente termina, como se visibiliza en la novela de Zapata Olivella y en los continuos debates entre padre e hijo registrados en la novela de Gutiérrez, confundiendo a la misma sociedad que no sabe cómo leerlo, cómo clasificarlo, cómo conceptualizarlo. Lo único en que coinciden es en que es un “gamín”.

En las novelas, al igual que en una cantidad de investigaciones, definir y delimitar al gamín constituyó un trabajo constante, un trabajo que Zapata Olivella pone en manos del doctor Jáuregui y el droguista. Para ellos, según se puede analizar en el relato, definir quién es realmente el gamín correspondía a una demanda social: un problema que debía ser resuelto, pero que a pesar de los esfuerzos continuaba. «Siempre se encuentra dificultad en la identificación de estos muchachos, sobre todo cuando no se les ha podido fichar» (1963: 10). Un problema que traía también contradicciones en la sociedad, pues a pesar de que nadie se ocupará de ellos, muchos pobladores urbanos intervenían cuando los gamines eran capturados o atacados: «Cuando andan por las calles descamisados, nadie se ocupa de ellos. Pero si se les detiene al cometer un robo o por sospecha, aparecen defensores por todas partes» (1963:109). Además, por lo menos para importantes instituciones como la policía, el niño gamín era alguien que constituía un problema social de enorme peso, como lo visibiliza el doctor Jáuregui

17 El “gamín” se encuentra en el hospital inconsciente debido al balazo en la cabeza o a la operación con que se le extrajo la bala. Mientras tanto, todos de una u otra forma fabrican una versión mediante la cual se creen cercanos a él. Para unos (la señora Peñaranda, el doctor Octavio Guzmán, su esposa Susana y Otilia), alguien a quien significaron como “hijo”; para otros (el inspector de policía y el droguista), un reconocido delincuente; para el doctor Jáuregui, en fin, un niño a quien analizó mucho tiempo atrás. Sea como fuere, para todos es un gamín.

cuando analiza las palabras del inspector de policía: comprende que la actitud del policía refleja una concepción de sociedad en la que «quien quiera que se interponía en defensa de un presunto delincuente se convertía en un enemigo social» (1963:109).

En la relación entre “sociedad colombiana” y “sociedad gamín” (Gutiérrez, 1972), la violencia operó como uno de los medios principales. El otro, en cualquiera de las dos vías, fue distanciado y despreciado gracias a un imaginario social que suscitó una diversidad de prácticas, ideas y representaciones. En el caso de la “sociedad colombiana” se trató de un imaginario nutrido por el paradigma de la modernidad (Baeza, 2012), un imaginario que habilitó la significación del gamín como un “enemigo social”, un “peligro” para la sociedad, la contracara de la modernización y civilización que venía desarrollándose en las ciudades. Un otro leído incluso por saberes académicos que, asumiéndose “neutros”, presentaron al gamín como un “enfermo” en términos psiquiátricos y médicos— difícilmente en términos sociales—, lo que amplió el abanico de razones que posibilitaron el desprecio e indiferencia de la “cultura colombiana oficial” hacia él.

Bibliografía

ÁVILAPENAGOS, Rafael (2001). «La cultura escolar. Una enorme cantera de investigación». En: *Folios: revista de la Facultad de Humanidades*, N.º13, pp. 82-88. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.

BELTRÁN CORTÉS, Luis María (1969). *Temas colombianos. La metamorfosis del “chino de la calle”*. Bogotá: La Hidra de Lerna.

BLAIR TRUJILLO, Elsa (1999). *Conflicto armado y militares en Colombia. Cultos, símbolos e imaginación*. Medellín: Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP).

CARRETERO PASIN, Enrique (2011). «Imaginario e identidades sociales. Los escenarios de actuación del “imaginario social” como configurador de vínculo comunitario». En: COCA, Juan R. *et al.* (Coords.). *Nuevas posibilidades de los imaginarios sociales*. España: Asociación Cultural Tremn y Centro de Estudios y Análisis Social de Galicia (CEASGA).

CASTORIADIS, Cornelius (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.

CASTRO GÓMEZ, Santiago (2005). «Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la “invención del otro”». En: LANDER, Edgardo (Comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.

GRANADOS TÉLLEZ, Marcos (1976). *Gamines*. Bogotá: Editorial TEMIS.

GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia *et al.* (1978). *El gamín. Su albergue social y su familia*. Vol. 2. Bogotá: UNICEF.

GUTIÉRREZ, José (1967). *Infancia de la miseria*. Bogotá: Timana.

GUTIÉRREZ, José (1972). *Gamín: un ser olvidado*. México: McGraw-Hill.

GUTIÉRREZ, José (2002). *El camino de las muchas vueltas*. Colombia: Editorial Spiridon.

MALAVER, José (1998). «Transgresión y violencia». En: *Ensayo y error*, Año 3, N.º 5, pp. 112-137. Bogotá.

MARTÍNEZ BOOM, Alberto (2011). *Memorias de la Escuela Pública. Expedientes y planes de escuela en Colombia y Venezuela, 1774-1821*. Colombia: Universidad Industrial de Santander.

MARCHI, Rita de Cássia (2007). «A infância não reconhecida: as crianças “de rua” como atores sociais». En: Anais do II Seminário Nacional Movimentos Sociais, Participação e Democracia, 25-27 de abril. Florianópolis, Brasil: Universidad Federal de Santa Catarina (UFSC).

MORAÑA, Mabel (1995). «Documentalismo y ficción: testimonio y narrativa testimonial hispanoamericana en el siglo XX». En: PIZARRO, Ana (Coord.^a). *América Latina. Palabra, literatura e cultura*, Vol. 3, pp. 479-511. São Paulo: Editorial da Unicamp.

MUÑOZ MONSALVE, Mónica Marcela (2012). *La construcción de la idea de ciudadano desde los manuales escolares, en el proceso de formación de la nación colombiana, 1910-1948*. Tesis de maestría en Historia Universal. Medellín: Universidad Nacional

de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas.

NOGUERA, Carlos Ernesto, ALVAREZ, Alejandro y CASTRO, Jorge Orlando (2000). *La ciudad como espacio educativo. Bogotá y Medellín en la primera mitad del siglo XX*. Bogotá: Arango Editores.

PACHÓN C., Ximena y MUÑOZ VILA, Cecilia (1980). *Gamines. Testimonios*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

PECAUT, Daniel (1997). «Presente, pasado y futuro de la violencia en Colombia». En: *Análisis político*, N.º 30, pp. 1-43. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

PINEAU, Pablo (2001). *¿Por qué triunfó la escuela?, o la modernidad dijo: “Esto es educación”, y la escuela respondió: “Yo me ocupo”*. La escuela como máquina de educar. Tres escritos sobre un proyecto de modernidad. Argentina: Paidós.

LANZUELA CORELLA, María Luisa (2000). «La literatura como fuente histórica: Benito Pérez Galdós». En: SEVILLA ARROYO, Florencio y ALVAR EZQUERRA, Carlos (Coord.). *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Vol. 2. pp. 259-266, 6-11 de julio de 1998, Madrid. España: Editorial Castalia.

MINNICELLI, Mercedes y ZAMBRANO GUTIÉRREZ, Ivannsan (2012). «Estudio preliminar sobre algunas instituciones de infancia en tiempos de capitalismo y modernidad: los niños en situación de calle, Colombia». En: *Infeies*, Vol. 1, N.º 1. Mar del Plata, Buenos Aires: Red Interuniversitaria de Estudios e Investigaciones en Infancia y sus Instituciones.

ORTEGA RICAURTE, Carmen (1977). *¿Quiénes son los gamines?* Bogotá: Plaza & Janés.

ROJAS R., Carlos Eduardo (1996). *La violencia llamada “limpieza social”*. 2.ª Ed. Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP).

RICO SANÍN, María (1993). *El delito de existir*. Bogotá: Oveja Negra.

VÁSQUEZ, Edgar (1990). «Historia del desarrollo económico y urbano en Cali». En: *Boletín socioeconómico*, N.º 20, pp. 1-28. Cali: Universidad del Valle, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas.

VELÁSQUEZ, Ezequiel (1984). *Gran gamín: infante del narcotráfico*. Cali: Ediciones Agro Industrial de Colombia.

ZAPATA OLIVELLA, Manuel (1963). *Detrás del rostro*. España: Aguilar.

ZAMBRANO PANTOJA, Fabio Roberto (2007). *Historia de Bogotá: siglo XX. 2.ª ed.* Bogotá: Villegas Editores.

ZAMBRANO GUTIÉRREZ, Ivannsan (2012). «Miradas científico anormales a la infancia en situación de calle: José Gutiérrez o los imaginarios sociales modernos». En: *Revista colombiana de educación*, N.º 63, pp. 273-288. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.

ZAMBRANO GUTIÉRREZ, Ivannsan, ROJAS, Claudia y CANO, Yearleydi (2013). *Una infancia bajo amenaza de muerte. Los niños en situación de calle en las grandes urbes colombianas. Aportes a una historia de la infancia*. Tesis de Licenciatura en Pedagogía Infantil, financiada por el Centro de Investigaciones Educativas y Pedagógicas (CIEP) y el Comité para el Desarrollo de la Investigación (CODI). La investigación está alojada en el Centro de Documentación de la Facultad de Educación (CEDED). Medellín: Universidad de Antioquia, Facultad de Educación.



FACULTAD DE EDUCACIÓN

Artículo recibido 02-01-2014. Aprobado: 24-04-2014